

artista, por su trabajo, once mil quinientos pesos; sin embargo de lo cual, redujosele la suma á ocho mil solamente, por lo que adelante se expresa.

He aquí lo que, á propósito de la decoración, se leía en el periódico "La Cruz," de Junio de 1857:

"Si hemos de hablar con toda franqueza, las pinturas al fresco, no han agradado á la generalidad de las personas inteligentes, así por la composición, como por el dibujo y colorido, particularmente respecto de la cúpula y la concha; los tres evangelistas (Cordero dejó intacto en una de las pechinas, el San Mateo pintado por Jimeno), parecen en extremo duros, y lo mismo puede decirse de los cuatro apóstoles." Y más adelante se agregaba:

"Añadiremos con gusto, que una parte no pequeña de lo ejecutado por el señor Cordero, nos parece notable y muy digna del elogio; hay ángeles verdaderamente divinos, pintados así en la bóveda del templete (en el ábside), como en la del coro; la riqueza del colorido sé hermana en ellos con la verdad y naturalidad en las formas y actitudes."

Como se advierte en lo que dejamos inserto, el crítico omitió hacer examen alguno de la pintura de la cúpula, lo más capital seguramente de la obra de Corde-

ro. Cierta era la dureza de las entonaciones á que se refería, y certísimo también que á muchas personas, acostumbradas á los tipos apacibles y tranquilos de los cuadros de los discípulos de Clavé, no agradaron aquellas figuras enérgicas, aquel impetu de movimiento en los grupos, aquella audacia en la actitud de las figuras. Esto presentaba algo de teatral, ciertamente, como teatrales eran asimismo las tintas chillonas de los ropajes; pero tales circunstancias no quitan que la decoración tuviera, por otra parte, como realmente las tiene, cualidades sobresalientes que escaparon á la perspicacia de los severos censores. Asuntos muy felices, buena distribución de las composiciones, conocimiento de la perspectiva ascendente, en que fué maestro Cordero, y desembarazo y garbo y soltura en la ejecución; todo esto quedó como velado á los ojos de la crítica de entonces.

A pesar, pues, de los muchos reparos de los adictos de Clavé y enemigos de Cordero, no puede negarse que toda la decoración de la Capilla de Santa Teresa, singularmente la de la cúpula, estuvo perfectamente concebida y desarrollada: Si miramos por el exterior el dombo de Hidalgo, veremos lucir la gallardía y elegancia de sus formas; pero aun es todavía más bello y atractivo visto interiormente, por la osa-



día con que aparece como suspendido en los aires, á favor de la ingeniosa combinación de sus curvas y el peralte de las mismas (inspirados aquélla y éste en la esbelta cúpula del Panteón de la capital de Francia), del bien distribuido ventanaje y del juego de luces, que entrecruzándose las del uno con las del opuesto lado, inundan de una claridad uniforme y suave la superficie esférica del somo, quedando con todo oculto á la mirada el cerco de las ventanas superiores. Tal disposición supola aprovechar ventajosamente Cordero, para el decorado de aquella parte, la más noble de la construcción.

Inspirándose en la visión de Ezequiel, que el profeta describe diciendo: "Y yo vi la figura como de un personaje, y su aspecto era como de electro brillantísimo y á manera de fuego dentro de él, y como fuego que resplandece en derredor suyo, y esta visión era como la gloria de Dios vivo;" el pintor representó en la cúpula al Eterno en un piélago luminoso, y formándole estol el coro de las Virtudes, hijas del cielo. Allí está la primera de todas, la Fe, con su albo ropaje y el cendal en la frente, símbolo de la ceguera carnal y de la clarividencia con que el espíritu vislumbra y afirma el dogma sacrosanto; allí la Esperanza con la túnica de esmeralda, y el áncora, salvadora del turbado mar

de la vida; allí la Caridad, de librea color de escarlata y con los ubérrimos senos descubiertos, dando inagotable sustento al necesitado y difundiendo el amor entre los hombres, cual reflejo en la tierra del reino celeste; allí la Justicia, de dalmática violácea, la Justicia que enumera y mide y pesa en la fiel balanza, y da conforme al puntual merecimiento; allí la Prudencia, de oro revestida, y en actitud de paz, pero armada de todas armas y apercebida siempre á la batalla; allí la Templanza, con los tintes del zafiro y del granate en la vestidura, y á quien no conturban ni envanecen las vocingleras trompas de la fama ni las coronas de la mundana gloria, pues mirase fielmente reflejada en clarísimo espejo; allí, por último, la Fortaleza, de ropaje de violados cambiantes, domadora del temor, tirando de la cuerda con que prueba el vigor de su pujante brazo. Cada una de estas figuras de mujer, de corpulentas, robustas y grandiosas formas y variadas actitudes, hállase acompañada de otras secundarias, de espíritus alados, que determinan y aclaran sus atributos, y agrandan y enriquecen la composición, al formar siete distintas armónicas agrupaciones, ligadas entre sí por un cerco de querubes, que se mueven en rápido giro y forman escabel al glorioso coro.

Nada más significativo y profundo que



haber representado al Sumo Sér circuido de las Santas Virtudes, emanación de su pura esencia. Es ésta una de las teofanías mejor imaginadas.

Queda ya dicho que trazó el pintor en las pechinas, las figuras al temple de los evangelistas, y ahora agregaremos, que en el ábside diseñó el Santo Cristo de Santa Teresa y los signos de la Pasión, llevados por los ángeles, en actitudes de gran movimiento; en las arcadas del crucero puso las figuras alegóricas de la Ciencia, la Astronomía, la Poesía y la Historia, con sus correspondientes atributos, y en los altares laterales (donde hubo antes los cuadros del Calvario y el Descendimiento por Jimeno), dos grandes lienzos al óleo, reproducciones de "La Transfiguración," de Rafael, y "La Asunción," del Ticiano (dos maravillas de color que Cordero desvirtuó en este punto), y á uno y otro lado de ambos lienzos, las figuras al temple, muy bien plantadas y arrogantes, de cuatro apóstoles, etc., etc., pues no dejó espacio alguno del edificio, sin la conveniente pintura ú ornato.

Lástima y grande es, ciertamente, que en las pinturas de que venimos hablando haya esas tintas sin degradación ni graduaciones, y que resulten, por lo mismo, desapacibles, chillantes y duras; porque lo feliz de la invención, el buen arreglo

de los asuntos, la valentía y bravura con que fué desempeñado todo el trabajo decorativo, pedían, en verdad, un color más en armonía con tan sobresalientes cualidades. Faltóle á Cordero, para ser un excelente decorador, las dotes del buen colorista.

Efecto tan poco lisonjero habían causado entre el vulgo, y aun entre personas que se tenían por entendidas, las pinturas de Santa Teresa, no obstante sus bellezas, que la Junta de reparaciones de aquel templo, vióse en el caso de tener que reducirle al artista la suma con él estipulada por su trabajo; y hasta hubo miembro de la Junta, el canónigo D. Joaquín Primo de Rivera (principal fautor de los magños desperfectos artísticos consumados en la Iglesia Catedral en 1869), que, con grandes muestras de aspaviento dijera, ante las pinturas de Cordero, que, á estar en su mano, daríale los ocho mil pesos que recibió en pago de la decoración, con tal de que nuevamente la borrara. Pero, ¿que fuerza puede dársele á la opinión de quien llevó á cabo deplorables destrozos en la Catedral, haciendo derribar las monumentales rejas de maderas preciosas de las capillas, encalar sus paredes y bóvedas, arrancar las ricas tapicerías de damasco de la sacristía, etc., etc.? Mas, sea como fuere, los deseos del señor canónigo no fue-



ron realizados, y las pinturas de Cordero quedaron en pie, y, aunque algo deterioradas, han podido conservarse hasta nuestros días, en espera, sí, de que, como es inveterada usanza en este país, algún piadoso capellán venga á hacer con ellas, lo que con otras pinturas han hecho otros capellanes, esto es, borrarlas, á pretexto de su deterioro, y sin que por ello nadie diga oxe ni moxte.

Terminados los trabajos decorativos de Santa Teresa, emprendió Cordero á poco, y á pesar de la grito levantada en contra suya, los de San Fernando, que ejecutó sin retribución, y concluyó en 1859. Debido quizá á tal circunstancia, la nueva decoración resultó algo más floja que la primera, aunque se nota también en la última la facilidad, el garbo y la soltura, características del autor. Con ella quedó una vez más comprobado que la perspectiva de bajo en alto era el fuerte de Cordero, y que tenía imaginación para no repetir nada de lo que había ya antes hecho, copiándose á sí mismo.

Pintó en la cúpula de San Fernando, la Concepción Inmaculada de María, acompañada de coros de ángeles, que entonan alabanzas y tañen instrumentos músicos; permitiéndose el autor tal cual rasgo de jovial donaire en algunas figuras de los geniecillos de la Gloria. En las pechinas

pintó los cuatro doctores de la orden seráfica, San Buenaventura, Juan Duns Escoto, Alejandro de Halles y Nicolás de Lira, los cuales en sus escritos defendieron la Inmaculada Concepción, siglos antes que la Iglesia lo hubiese declarado dogma. (1)

Lo mismo á la terminación de los trabajos de Santa Teresa que al concluirse los de San Fernando, cuidó nuestro artista de que, amigos suyos que solían escribir en los periódicos, hicieran su defensa por este medio, de las censuras que los parciales de Clavé le prodigaban por sus trabajos decorativos, é ilustrasen, juntamente, al público acerca de su mérito. D. Felipe López López, amigo de Cordero desde la infancia, fué quien más distinguióse en la defensa y elogio de nuestro artista.

(1) Es de deplorarse que los señores encargados de los templos, muchas veces, hagan tan poco caso de las obras decorativas, como lo demuestra el hecho de mandar suspender de la linternilla de las cúpulas realizadas con pinturas, lámparas ó arañas, por medio de cuerdas, que cortan, dividen y afean, así las líneas arquitectónicas de las cúpulas, como las mismas pinturas ornamentales que las embellecen. Peor es todavía la muy generalizada costumbre en muchas iglesias de México, de suspender flámulas ó gallardetes de abigarrados colores, que no solamente rompen la armonía de la arquitectura, sino que ocultan las pinturas, las desentonan y hacen que el buen efecto de ellas se pierda con unos adornos de gusto tan chabacano y detestable.



En "El Siglo XIX" de 13 de Mayo de 1858, publicó un extenso artículo acerca de la decoración de Santa Teresa, y en "El Diario de Avisos" del 15 de Julio de 1860 ocupóse, en forma de diálogo, de la de San Fernando, haciendo López López, en uno y otro artículo, gala de aquél su estilo gárrulo y altisonante que le distinguió constantemente.

A vueltas de extremados encomios á Cordero, poniéndole en parangón con los mayores pintores europeos, mostraba cierta erudición artística en sus artículos, y aun tal cual vez entró en muy acertadas consideraciones de carácter técnico, sugeridas, indudablemente, por el mismo Cordero, y en las que dejábanse ver los sólidos conocimientos teóricos que tuvo el pintor en su arte.

El profesor de dibujo Miguel Mata y el poeta Luis Gonzaga Ortiz, fueron también auxiliares muy eficaces de Cordero en sus campañas periodísticas en contra de Clavé, campañas en las cuales, con certero golpe, se tocaron dos puntos en que era harto vulnerable el director de pintura de la Academia, y fueron, el de estar obligado á pintar cuadros originales para la Academia, obligación á que no daba cumplimiento en conformidad con lo que reiteradamente le pedían sus contratas; y el que en todos los cuadros que hacían sus discípulos, notábanse un mismo colorido

do é idéntico manejo de pincel. Ambos reparos eran certísimos, y mortificantes, por lo tanto, para Clavé; así es que éste buscó siempre que pudo el desquite contra su adversario.

Con los trabajos decorativos de Cordero, compiten en importancia algunos de los numerosos retratos que produjo. Entre esos buenos retratos suyos, pueden citarse (aparte del de Su Alteza Serenísima y el de la señora doña Dolores Tosta), los del general D. Juan Agea y doña Bernardina Guerrero de Agea, fino éste de factura y acabado; el de la señora Pérez Gallardo, acompañada de sus hijas, notable por el primor con que están pintadas las ropas, y el de la señora doña María Romero de Revilla, tampoco desprovisto de mérito.

Condiciones diversas se requieren para ser buen retratista. Es la primera, que sepa verse con exactitud la forma, para trasladarla con fidelidad al lienzo; esto es, que el pintor sea buen dibujante, pues de otro modo, alteradas las formas, por la falta de su puntual representación, piérdese la primera condición del parecido. Luego, y para este mismo fin, el pintor ha de ser justo en el colorido; ha de dominar la composición, para combinar con acierto el arreglo del tocado y del traje, y escoger el ademán y la postura; ha de estar familiarizado con el natural á tal punto, que



pueda elegir de él lo esencial, prescindiendo de lo accesorio; y, últimamente, ha de tener la facultad intuitiva necesaria para sorprender la expresión característica de cada persona, sin desnaturalizar su índole privativa. Sólo con el concurso de todas las circunstancias dichas, habrá de conseguirse la puntual representación del parecido, supremo objetivo del arte, para el caso.

No habiendo nosotros conocido á ninguna de las personas, cuyos retratos hemos citado, con una excepción sola, mal podríamos juzgar puntualmente de las facultades de Cordero como retratista, fijándonos en otra obra suya que no sea el retrato de nuestra madre, señora en quien la hermosura y la virtud hicieron morada.

Faltará en dicho retrato la brillantez de paleta y el vigor y fuerza de empaste que tanto cautiva hoy á los técnicos; pero hay en él tal soltura de pincel, tal delicadeza y seguridad en el toque, tal finura en la media sombra del rostro, tal verdad en aquella mirada, semivelada por la miopía, y en que se reflejan y destellan las bondades del alma, que constituye, seguramente, una de las obras del autor que más le recomiendan, hasta por la justedad del colorido, con no ser ésta, cualidad del pintor; y si hubiéramos de galardonarle por deberle una artística prenda de fami-

lia, á estar en nuestra mano, haríamos que su nombradía, á par de los grandes maestros, fuese resonante y vividora.

No todos los retratos en que puso mano Cordero son de igual mérito; antes bien, por docenas los produjo de calidad harto inferior á los precedentes, compelido á ello por las circunstancias.

Como se le formara muy mala atmósfera en la capital, á causa de sus pinturas decorativas, que, como ya se ha dicho, no agradaron á la generalidad, casi nadie le dió en lo sucesivo comisión alguna de retratos, género que por aquella época tenía alguna demanda en México, y con el que podía obtenerse algún lucro, pero que Clavé había monopolizado, favorecido precisamente por ese descontento hacia Cordero. Este, pues, por tales motivos, intentó abrirse mercado en las ciudades del interior de la República, y emprendió, al efecto, viajes á algunas capitales de los Estados; y con el fin de darse á conocer y de despertar allí el gusto por tal clase de obras, retrató sin estipendio, á algunas de las personas prominentes de aquellas ciudades. Mas nada obtuvo su diligencia, y ni aún recibió muestra alguna de agradecimiento por los regalos que hizo.

Ocurrióle entonces cambiar de rumbo, probando nuevos pasos; y encaminóse



al Estado de Yucatán, donde al cabo la fortuna se le mostró menos adversa, pues que hiciéronse allí buenas demandas, y sin que nadie parase mientes ni mostrase escrúpulo sobre el mérito artístico de sus trabajos. Favorecido de esta manera, cada año hacía viajes de ida y de retorno en el Invierno, á Yucatán, trayéndose rimeros de fotografías, de las que se servía para sus trabajos, y llevando, en cambio, la cantidad de retratos al óleo correspondientes al número de las fotografías. Por tal medio, y por un procedimiento semi-industrial, que consistía en pintar á la ligera y de memoria los retratos, haciendo uno por día, fué cómo pudo labrarse el pintor una modesta fortuna, que no había logrado realizar mientras cultivó seriamente el arte.

Su obra maestra, de más trabajo y aliento, "La Adúltera," nada le produjo; el retrato de Santa-Anna, en el que puso tiempo y esmero, significóle un efímero nombramiento de profesor; escatimósele y se le mermó lo estipulado por decorar Santa Teresa, y las pinturas de San Fernando las tuvo que hacer gratuitamente..... ¿Qué mucho, pues, que al fin le diera á su país el sólo género de pintura estimado en él, gustado, pagado y también merecido?

Por el año de 1860 contrajo Cordero

matrimonio con la señorita Angela Osio, joven muy linda, perteneciente á una familia que, por la rama paterna, provenía de un antiguo mayorazgo español de la ciudad de Querétaro. Por causas que ignoramos, hubo de prescindir el artista de su enlace (concertado en Roma), con la joven italiana María Bonanni, también dotada de belleza y de otras buenas partes.

El carácter adusto y el trato áspero de Cordero, y su rivalidad con Clavé, le habían concitado numerosos contrarios; pero su ilustración y sus conocimientos en su arte, le valieron, al par, algunos fieles adictos, que no solamente abogaron por él calurosamente en determinadas ocasiones, y llevaron la voz en sus polémicas con Clavé, sino que recibió de ellos otras muestras de la consideración y el aprecio en que le tuvieron. El escultor Tomás Pérez modeló su busto; el pintor Miguel Mata hizo un buen retrato al óleo y, finalmente, escribió su biografía, publicada en "La Ilustración Mexicana," (año de 1851), D. Francisco Zarco. Esta biografía, aunque escrita por tan galana pluma, es sobrado incompleta, por el tiempo en que se dió á la estampa, y por esto mismo, con mayor número de datos, se escribe la presente.

Si bien nunca estuvo ocioso en su taller



el pintor, por dilatado tiempo no se le vió tomar parte, con obras suyas, en las exposiciones anualmente celebradas por la Academia, á causa, sin duda, de su resentimiento con Clavé y sus discípulos. El resentimiento hubo de exacerbarse, por la circunstancia de haber frustrado D. Pelegrín la nueva tentativa de Cordero para substituirle en la Academia, cuando éste invitó á Maximiliano á que viese sus cuadros, y Clavé le mostró los de su discípulo Pina, que al Emperador le impresionaron más favorablemente que los de Cordero, según en otra parte y más circunstanciadamente, dejamos referido. (1)

Sólo hasta la exposición de 1875, cuando ya el pintor español se había ausentado de México y se habían apagado los últimos ecos de la discordia, figura Cordero en dicha exposición, con dos grandes cuadros, de asunto religioso el uno y con el título de "Stella Matutina," hecho por encargo del abogado, D. Rafael Martínez de la Torre, coterráneo del autor, y representando, el otro, un interesante grupo de familia, con las cuatro jóvenes hijas de D. Manuel Cordero, hermano del artista.

Ambos cuadros daban claro testimonio de no haber decaído las facultades de

(1) Biografía de D. Pelegrín Clavé,

Cordero, como pintor, durante el lapso que había dejado de concurrir á las exposiciones de la Academia, entregándose á la empresa semi-industrial que se ha dicho.

He aquí lo que, á propósito de esos dos cuadros, escribió el pintor Felipe S. Gutiérrez, (discípulo de Clavé que había sido), en "La Revista Universal," del 19 de Febrero de 1876:

"Las obras de D. Juan Cordero, chispean ingenio y una asombrosa facilidad de ejecución; tal vez ésta última, sea un escollo para el artista, porque abusando de ella, cae en amaneramiento, y hace que todas sus obras sean muy semejantes....

"Si el señor Cordero dominase un poco su impetuosidad y observara la naturaleza con más inocencia, deteniéndose algo más en los mil giros caprichosos de sus diversas fases, sería el mejor de nuestros pintores, y sus cuadros pasarían á la posteridad. Las grandes masas de sus figuras, esa buena elección en las líneas de los ropajes y su estilo clásico y fácil de manejar el color, ponen al señor Cordero en la línea de los grandes artistas; solamente ese abuso de su facilidad, y la combinación de sus sombras, demasiado reflejadas é iguales entre sí, que quitan solidez y verdad á los cuerpos, impiden que el artis-



ta alcance un alto grado de perfección; por eso nos atrevemos á aconsejarle que estudie un poco más la naturaleza.”

Nos damos á creer que Cordero se animaría á pintar los precitados lienzos, alentado por las muestras de estimación y los honores de que había sido objeto el año anterior, en la Escuela Preparatoria, con motivo del cuadro alegórico, al temple, que pintó en la escalera principal del edificio, por encargo de D. Gabino Barreda, á la sazón director del plantel.

Los triunfos de la Ciencia y el Trabajo sobre la Pereza y la Ignorancia, ensalzados por la Historia, tal fué el asunto del cuadro.

No obstante ser en extremo dificultosa la pintura alegórica, con todo, supo el autor con fácil imaginación y acierto inventivo, salir airoso del encargo, como enantes en la cúpula de Santa Teresa.

Al descubrirse la pintura, y con esa misma ocasión, pronunciaron discursos encomiásticos, D. Gabino Barreda, D. Rafael Angel de la Peña y el alumno D. Salvador Castellot. El poeta D. Guillermo Prieto recitó unos versos alusivos, y el artista fué coronado ante un concurso numeroso.

No dejó en esta vez ociosa la péñola López López, panegirista indispensable de Cordero, y el cual, después del elogio

del pintor, expresaba estos generosos conceptos en pro de las Bellas Artes y de los artistas:

“No quisiéramos terminar este juicio sin encarecer al buen gusto y á la cultura de la Administración, el conveniente ornato de los edificios públicos con pinturas murales que hablen á la imaginación y al alma de los ciudadanos, y especialmente á la juventud. . . . .

“Las escuelas de Medicina, de Derecho, Minería, Agricultura, Comercio, etc.; los Palacios gubernativos, de Justicia, Municipales y demás edificios que alojan á la soberanía administrativa, requieren alguna muestra de distinción, y esperan que el pincel y el cincel de los artistas mexicanos que se han consagrado al estudio de las Nobles Artes, vengan á sacarlos de la vulgar apariencia de domicilios.”

“La Escuela Nacional Preparatoria debe á su sabio director, la decoración más estimable que pudo surgir de un pensamiento filosófico, y á la condescendencia del señor Cordero, una joya desprendida de su paleta; ¿obtendrá también de sus alumnos, esa bella pintura, todo el cuidado, respeto y cariño que merece, en la serie sucesiva de las generaciones que aguarda?”

Respuesta harto expresiva á tal pre-



gunta, dióla años adelante, un nuevo director de la Escuela Preparatoria (D. Vidal de Castañeda y Nájera), haciendo desaparecer el cuadro mural de Cordero, en 1900, á pretexto de hallarse algo deteriorado, pero en la realidad, como una de tantas muestras de la ignorancia y del vandalismo que en arte nos aqueja. ¡Cómo si no hubiera podido ser restaurada la excelente pintura!

Una de las últimas obras debidas al pincel de Cordero, fué el retrato del mismo D. Gabino Barreda, de exacto parecido, al decir de quienes le conocieron, y que hasta poco ha permanecía aún en uno de los salones de la Escuela Preparatoria. La expedición, con que fué ejecutado este retrato, á la edad avanzada del autor, era una prueba de que no envejecía como artista; á diferencia de otros talentos de México, que mucho antes de llegar á la senectud, permanecen en la inacción, y sus facultades, por brillantes que sean, quedan prematuramente improductivas y esterilizadas.

En el año de 1884 enfermó el pintor gravemente, y expiró, el 28 de Mayo del propio año, cumplidos los sesenta de su edad. Recibieron sepultura sus mortales despojos en el cementerio del Tepeyac.

No se consagró Cordero al arte por mero azar, como se han dedicado otros

en nuestro suelo, sin tener verdadera vocación ni aptitudes y forzando su natural refractario al culto de lo bello. Su afición fué probada y persistente desde sus primeros años, lo propio que sus buenas disposiciones para la pintura, ora con los esfuerzos y sacrificios que hizo de joven para marchar á Italia, ora con los serios y concienzudos estudios á que allí consagróse, ora con las diversas obras que produjo, ya con su tenaz aspiración de llegar al honorífico puesto ocupado por Clavé en la Academia; ya, en fin, con las críticas que de su enseñanza y de su escuela frecuentemente hizo, ilustrando la opinión, estimulando el amor propio del español, espoleándole en sus labores y teniéndole constantemente en jaque; cosas todas que fueron claro indicio de su amor por el arte, de su noble ambición y de su saber y conocimientos.

¿Cómo se explica que Cordero, no obstante esos sus conocimientos y firmeza de carácter y porfía, no lograra sobreponerse á su émulo? Esto es de fácil explicación, en nuestro concepto:

Uno y otro son consumados en la composición, conócenla por principios y tienen afluencia de ideas; no ignoran los secretos de la anatomía de las formas, que tanta fuerza da á los pintores; cultivan los mismos géneros, el histórico-religioso y



el de retratos; son habilísimos en la imitación de las telas y en el plegado del ropaje, y endebles, al mismo tiempo, en el manejo del pincel y el modelado de las carnes (achaque común á casi todos los pintores de su época); y si Clavé aventaja á Cordero en el empleo del paisaje en fondos y lontananzas, el segundo vence en los dominios de la perspectiva. Hasta aquí, si no se igualan en todo, guardan analogía y se equilibran las facultades de ambos. Pero en dos puntos queda atrás Cordero, y explican la supremacía y vencimiento de Clavé. Consiste el uno, en que Clavé es más colorista, no en el sentido de la verdad del color, en el que aparece un tanto convencional casi siempre, sino en la armonía y brillantez de sus entonaciones. El segundo punto consiste, en la idealidad y sentimiento de las figuras de la escuela de Clavé. Pues estas dos cualidades, que mucho significan en el arte de la pintura, y que señorean con tanta razón á la masa del público, concurrían, en sentir nuestro, á darle la palma al pintor español sobre nuestro compatriota.

Para sobrepujarle Cordero á Clavé, y salir adelante en su propósito, preciso habría sido haber estado en Roma á tiempo en que la pintura hubiese cambiado del rumbo seguido por Clavé, para traer

á su país, al regresar á él, nuevas ideas con respecto al artista español, distintos asuntos, ó, cuando menos, procedimientos de factura más modernizados. La novedad es un poderoso talismán en el arte, y nuestro pintor no le tuvo. Sin embargo, llegó á más de lo que podía esperarse en las circunstancias en que vino á medir sus fuerzas con su contrario.

El haber sostenido la Junta Directiva de la Academia á Clavé en el puesto de director de pintura, y el modesto de segundo director con que le brindó al artista mexicano, á su vuelta de Europa, ordenaban las cosas de manera que hubiera Cordero desempeñado segundas partes: pero fué el caso que, á pesar de todos los contratiempos, y á despecho de todos las contrapuestas voluntades, nuestro pintor, no aceptando lo que se le ofreció, con aquella firme convicción que tuvo siempre de su valía, y á que daba pábulo el recuerdo de los elogios que el saber romano, por voz del profesor Silvagni, habíale tributado por su "Moisés;" al fin y á la postre, hubo de ser figura de primer término en el movimiento artístico iniciado por la Junta de la Academia. Su valer en cierto modo se sobrepuso al encadenamiento adverso de los sucesos, y si el éxito las más de las veces no estuvo de su lado, él burló al éxito.

Agosto de 1904.